

trayendo á la memoria las determinaciones del tratado de Barcelona, sobre el derecho de su Rey para defender la Iglesia; y exigiendo la devolución de Ostia, la libertad de César, y que se desistiera de la expedición contra Nápoles. Carlos contestó evasivamente y se llegó á violentas explicaciones (1).

Todavía esperaba al Rey en Veletri otra desagradable sorpresa: César Borja había súbitamente desaparecido. Carlos se querelló al Papa; mas éste declaró desconocer el paradero del fugitivo, y sentir el accidente, pero se negó á enviar en lugar suyo otro cardenal (2). A pesar de esto, prosiguió Carlos en dirección al Sud, á donde le atraían fáciles éxitos, pues en todo el Reino se levantaban los angevinos. A 27 de Enero anunciaba el mismo Ferrantino á su embajador, Camilo Pandone: Aquila ha enarbolado la bandera del rey de Francia; lo mismo han hecho Sulmona y Popoli, y en los Abruzzos está todo perdido, excepto Celano» (3).

Para complacer á los Colonna, hizo el Rey asimismo asaltar las fortalezas de los Conti, en los dominios del Papa. Monte S. Giovanni, muy próximo á las fronteras de Nápoles, fué tomado al primer asalto, é incendiado; casi todos sus moradores perecieron. La toma de esta plaza, tenida por casi inexpugnable, y el modo bárbaro de hacer la guerra, causaron horror é hicieron que los napolitanos se rindieran sin combatir. Los franceses hallaron desguarnecidos los más fuertes castillos y pasos, aun la excelente posición de San Germano; y hasta la temperatura parecía favorecer al enemigo. Febrero transcurría extraordinariamente templado, y los prados se hermozeaban con la verde grama y se matizaban de flores. A 16 de Febrero de 1495 cayó Gaeta; Capua abrió sus puertas á los franceses el 13; Ferrantino esperó inútilmente el socorro de España y de los turcos, y á 22 de Febrero huyó á Ischia, mientras Carlos VIII, recibido con entusiasmo por el pueblo, celebraba su entrada en Nápoles. «La frase de César: llegué, ví y vencí—escribe Segismundo de' Conti—quedaba

(1) Zurita V, 54<sup>b</sup>. Sanudo, Spediz. 196, 204 s. Prescott II, 29 ss. Delaborde 542 s. Höfler, Don Rodrigo de Borja 65. Bernays, P. Martyr 74, not. 2. Thuasne, Djem-Sultan 447.

(2) Sigismondo de' Conti II, 101 s. Sanudo, Spediz. 197 ss. Diario Ferrarese 293. Cappelli, Savonarola 44. Burchardi Diarium II, 238 sqq. Alvisi 18-19.

(3) Fusco, Intorno alle zecche ed alle monete battute nel reame di Napoli da re Carlo VIII. (Napoli 1846) 132. Reumont, Carafa I, 25.

sobrepujada» (1). «Como por milagro—advierde otro contemporáneo—conquistaron los franceses, en el breve espacio de pocas semanas, todo un gran Reino, que cayó en su poder casi sin envainar la espada (2).» «Los franceses—decía Alejandro VI—vinieron con espuelas de palo, y no han tenido otro trabajo que señalar con yeso, como hacen los furrieles, las puertas de los alojamientos» (3).

La expedición, tan solemnemente anunciada por Carlos VIII, para la conquista de la Tierra Santa, podía emprenderse desde luego; y no faltaron exhortaciones en este sentido. Nadie las hizo más apremiantes que un príncipe de la Iglesia que había consagrado á este asunto toda su vida: el cardenal Peraudi. Algunas señales indican que Carlos VIII se ocupó entonces en la guerra contra los turcos, para la que Alejandro VI expidió una bula en Febrero (4); pero no se llegó á emprenderla de hecho; el liviano monarca prefirió entregarse al goce del paraíso que había conquistado tan sin trabajo; y el presunto campeón de la Cristiandad y reformador de la Iglesia, se entregó con grande ardor á galantes aventuras (5); lo cual no impidió á los franceses seguir amenazando á Alejandro VI con un concilio, en el que se había de reformar al Papa y la Iglesia (6).

(1) Segismondo de' Conti II, 102 s., 109. Senarega 546. Jovius II, 50 s. Diario di S. Tommaso di Silvestro 37. Sanudo, Spediz. 208 s. Notar Giacomo 187 s. Simone Filipepi en Villari-Casanova 462 s. Pilorgerie 176 s. Havemann I, 81 ss. Delaborde 547 ss. Cipolla 715. El Diario Ferrarese 289, hace notar también, que todo el invierno de 1494 á 1495 fué extraordinariamente suave.

(2) Fr. Ricciardi da Pistoja, Ricordi 23; cf. Diario di S. Tommaso di Silvestro 39.

(3) Commines VII, 14. Cf. además Jähns en «Grenzboten» 1875, II, 339.

(4) Este documento conservado por Malipiero, 404, se trasladaba antes generalmente al año 1494, y se aducía como demostración de la doblez de Alejandro VI. Pero todas las consideraciones emanadas de esta hipótesis quedan reducidas á la nada, después que Delaborde ha probado, que la bula pertenece al año 1495. Cf. arriba cap. 2, p. 415, not. 5.

(5) Cf. Sanudo, Spediz. 261-262. Delaborde en toda su narración se funda demasiado en el supuesto, de que realmente y con toda seriedad había formado el rey proyectos de cruzada contra los turcos. Schneider, Peraudi 47, defiende el punto de vista enteramente opuesto, y duda que el rey hubiese meditado seriamente semejante proyecto. En lo esencial esta opinión podría ser la verdadera: el celo de Carlos VIII así por la cruzada, como por la reforma, aparece harto sospechoso; cf. también Markgraf en Sybels Hist. Zeitschr. LXV, 552, y Fumi, Alessandro VI, 17.

(6) Cf. los despachos del embajador del duque de Este, en Cappelli, Savonarola 45, 46.

Fué un grave contratiempo para el Rey, y á la vez para el Papa, la súbita muerte de Hixem (25 de Febrero de 1495). Como sucedía entonces siempre, en los casos de muerte repentina, se habló de veneno; los enemigos de Alejandro VI le acusaron, sin más, de este crimen; pero sin ningún fundamento; pues consta ciertamente, que Hixem murió de muerte natural, verosíblemente por efecto de su conducta desordenada (1). Según Segismundo de' Conti, la consecuencia inmediata de esta muerte, fué renunciar el Rey totalmente á la cruzada (2).

Para el ejército del monarca francés, la permanencia en la enervadora Nápoles fué de los más perniciosos efectos: Baco y Venus dominaban enteramente á los soldados (3); y entonces se manifestó con particular extensión, un contagio no conocido antes como enfermedad especial, la sífilis, que en breve tiempo había de hacer su curso aniquilador por toda Europa (4). La terrible dolencia

(1) A los testimonios y juicios impresos aducidos por L'Épinois 412 (cf. Cipolla 719 y Forgeot 146) podemos juntar también el siguiente documento inédito, que sin duda podría inducir también á Thuasne, Djem-Sultan 375, á mudar de opinión (este autor deja la cosa indecisa). Brognolo, pues, notifica el 3 de Marzo, desde Roma, al marqués de Mantua: \*Illmo. Sr. mio. Ali 25 del passato morì in Napoli el fratello del Gran Turcho; credo di sua morte, benche molti dicano che li sia stato dato da bere: queste hè vero che l'era disordenatissimo de ogni cosa. *Archivo Gonzaga de Mantua*. Schlecht (Hist. Jahrb. XVII, 659) halla una confirmación de mi opinión acerca de la inculpabilidad de Alejandro en la muerte de Hixem, en la circunstancia, que ya en 1487 se hizo una tentativa *de parte de los turcos*, para envenenar al príncipe.

(2) Sigismondo de' Conti II, 111.

(3) Sanudo, *Spediz.* 240.

(4) De las relaciones contemporáneas, cf. particularmente Portovenieri en el Arch. st. ital. VI, p. II, sez. II, 338. Sigismondo de' Conti II, 271 y Matarazzo 32 ss., quien advierte: Et questo male veniva ad ogni persona, ma piu a le disviate persone che gli altri... Et perche li Franciose erano venute novamente in Italia, se credevano li Italiani che fusse venuta tale malattia de Francia: et li Franciose se credevano che fusse una malattia consueta in Italia. Del mal francés fueron acometidos entre otros, César Borja, A. Sforza y Julián de la Róvere; v. los testimonios en Thuasne II, 521. El pasaje en que se apoya Simon II, 191 s., para afirmar lo mismo de Alejandro VI, no prueba nada. Por lo demás, ya antes de la invasión de los franceses, habían ocurrido casos de sífilis, cf. Senarega 558; Corradi en los *Annali di medicina* vol. CXCIX (1867), 43 s.; Proksch, *Gesch. d. venerisch. Krankheiten* I (Bona 1895), 411 s., cf. 283 s.; y Luzio-Renier en el *Giorn. st. d. Lett. ital.* V, 408 ss. En este último estudio, muy instructivo, se hallan muchos preciosos pormenores relativos á la historia de la civilización y de las letras; cf. además V. Rossi, *Le lettere di A. Calmo* (Torino 1888) 371 s.; Graf, *Cinquecento*, passim; Haeser III<sup>3</sup>, 213 ss. 252, 256 ss.; Simon II, 3 ss: Meyer-Ahrens, *Geschichtl. Notizen über das erste Auftreten der Lustseuche in der Schweiz* (Zürich 1841) 14 s.; Corradi, *Nuovi*

fué considerada por muchos como un castigo del Cielo; pero la corrupción general de las costumbres era tan grande, que los literatos eligieron este repugnante asunto para argumento de sus ingenios, y al propio tiempo aumentaron más los vicios contra naturaleza (1).

Mientras Carlos VIII y sus soldados se entregaban á las delicias del Sud, formábase en el Norte una sombría tormenta contra los bárbaros extranjeros. La fortuna sin ejemplo de los franceses, excitaba los más serios temores, no sólo en los Gabinetes de los Estados italianos, sino también en los extranjeros. El reino de Francia parecía acercarse al objetivo á que por tanto tiempo había aspirado: es á saber, el Imperio y la Monarquía universal. Ya hemos dicho, de qué manera España se opuso á estos conatos. También Alemania hubo de considerar como una necesidad de su propia conservación, el combatir la preponderancia francesa en Italia (2). Maximiliano I, luego de los primeros éxitos de los franceses, había entrado en relaciones con Venecia, donde muchos comprendían ya, qué consecuencias podía acarrear la neutralidad de su Gobierno; pero estas negociaciones se entretuvieron muy lentamente, hasta que la repentina caída del trono aragonés las llevó adelante (3). Luis el Moro, enteramente enemistado ya hacía mucho tiempo con el monarca francés, comunicó al embajador veneciano la triste nueva, añadiendo: que no había un instante que perder. En la Ciudad de las lagunas fué la consternación tan grande, que recordó á Commines la impresión de los romanos después de la batalla de Cannas (4). Comenzaron negociaciones secretas; y que también el Papa tenía parte en ellas, pudo colegirlo Carlos VIII de la respuesta dilatoria que recibió su enviado

doc. p. la storia delle malattie veneree in Italia. Milano 1884. En estos últimos tiempos, se declaran resueltamente por el origen americano de esta enfermedad, Binz en la *Deutsche medicinische Wochenschrift* 1893; Melsheimer, *Die Syphilis und ihre Heilmittel vom Jahre 1492 bis zur Mitte des 16. Jahrhunderts*. Bona 1892, y Comes en los *Atti d. Accad. medico-chirurg. di Napoli* LI, 2; cf. con todo en contra *Giorn. st. d. Lett. ital.* XXX, 356.

(1) Cf. sobre eso el docto estudio de Luzio-Renier 419 s., citado en la nota anterior.

(2) Janssen-Pastor I<sup>17.48</sup>, 587.

(3) Cf. Ulmann I, 282 ss. y además las correcciones en las *Gött. Gel. Anz.* 1885, I, 336 s.

(4) Commines VII, 20. Romanin V, 66. Delaborde 583 s. Balan V, 340 s. Para el juicio de la política del Papa, cf. también Maury en la *Rev. hist.* VIII, 84.

á fines de Marzo, cuando solicitó de Alejandro la investidura de Nápoles. En aquella ocasión el Papa habló claramente de la Liga, para la que se trataba de ganarle; y envió al Dux la rosa de oro (1). Cuando ésta llegó á Venecia, se había formado la coalición contra Francia.

A 31 de Marzo de 1495 ajustaron Venecia, Fernando é Isabel de España, Maximiliano I, Luis el Moro y el Papa, una Santa Liga, que debía durar 25 años, para protección de la Cristiandad contra los turcos, mantenimiento de la dignidad de la Santa Sede y de los derechos del Imperio romano. Los aliados se aseguraban mutuamente sus Estados, contra los ataques de soberanos extranjeros que actualmente poseyeran un Estado en Italia, aunque vinieran á perderlo mientras duraba la Liga; cada uno debía aportar 8,000 caballos y 1,000 infantes, y el Papa la mitad, prometiéndole además emplear sus armas espirituales (2).

El domingo de Ramos, 12 de Abril, se publicó solemnemente la Liga en los Estados que tomaban parte en ella; el Papa mandó á los Vicarios y ciudades del Estado de la Iglesia, festejar aquel acontecimiento (3). Al monarca francés le comunicó oficialmente el embajador veneciano la formación de la Liga, el 5 de Abril.

(1) Sanudo, Spediz. 277, 280 s. Burchardi Diarium II, 248 sq. Malipiero 334, 338. \*Breve de recomendación para el portador de la rosa de oro, de 10 de Abril de 1495. *Archivo público de Florencia*. Cipolla 720, Delaborde 588 s. Alejandro VI, que conocía las intenciones de Julián encaminadas á deponerle (Sanudo 267), pensó entonces por un momento, en huir de Roma; pero A. Sforza, que se había reconciliado de nuevo con él desde Febrero (cf. la \*carta de A. Stangha de 23 de Febrero de 1495. *Archivo público de Milán*), se lo desaconsejó; cf. Balan V, 343. Respecto de Julián, Joh. Bapt. Brocchus escribe desde Roma, el 23 de Febrero de 1495: \*S. Pietro ad vinc. ha scripto alli soi di Roma che li mandino per mare a Napoli li soi argenti et sue tapezarie; barbugli et trame ogni modo ci saranno. *Archivo público de Milán*.

(2) Lünig, Cod. I, 1, 1, 115 sqq. Sanudo 284 hace también mención de artículos secretos, sobre los cuales Guicciardini lib. 2, trae datos más precisos. Aunque estas indicaciones de Guicciardini son falsas, como lo demuestra Ulmann, I, 286 s., con todo, sostiene con razón Huber III, 342, «la existencia casi natural de artículos secretos», acerca de la expulsión de los franceses de Italia. Cf. también el escrito muy raro de Portioli, La Lega contra Carlo VIII nel 1495 (Nozze del Vecchio-Norsa). Mantova 1876. Ranke, Germ. und roman. Völker 51, indica para la conclusión de la liga, una fecha falsa, el 29 de Marzo.

(3) Sanudo 305 s. Burchardi Diarium II, 250 sq. Diario Ferrarese 298. Malipiero 337. Audiffredi 332. Portioli l. c. Fumi, Alessandro VI. 27 79. Amiani II, 74. Bergenroth I, 57. Gregorovius VII<sup>3</sup>, 369, not. 1 (4 edición 375, not. 1). \*Breve á J. Sforza de 7 de Abril de 1495. *Archivo público de Florencia*. Urb. eccl.

Carlos VIII se irritó sobre manera, de suerte que el cardenal Juliano se esforzó inútilmente por apaciguarle (1).

Una retirada rápida, antes que los aliados hubieran juntado sus tropas, era el único medio que podía entonces salvar al francés; y por lo mismo es más incomprensible que perdiera su tiempo, intentando obtener del Papa la investidura, á fuerza de ruegos ó amenazas. Mas cuando vió que todo era inútil, á 12 de Mayo de 1495, se dirigió con una brillante comitiva á la catedral de Nápoles, llevando en la diestra el cetro, en la mano izquierda la manzana imperial y la corona en la cabeza; como si quisiera manifestar ante todo el mundo su derecho, así á aquel Reino como al Imperio de Oriente; pero ninguna muestra de júbilo saludó tan extraordinario cortejo (2). Hasta 20 de Mayo no emprendió el Rey la retirada, llevando la mitad de su ejército, y dejando el resto de sus tropas, al mando de Montpensier, para seguridad del Reino conquistado.

Para Alejandro VI se renovó entonces la peligrosa situación de Diciembre del año anterior. Ya á principio de Mayo se había quejado á los embajadores de España, Venecia y Milán, de que sólo Venecia enviaba tropas para protegerle; como si los soberanos no vieran, que el poder del enemigo había de caer primero sobre él; y añadiendo, que no quería perder la dignidad pontificia (3). A 3 de Mayo se deliberó en consistorio, si el Papa debía marcharse ó quedarse en la Ciudad; la opinión se inclinaba á esto último, principalmente porque los romanos daban las mayores seguridades de que defenderían su capital; pero ya á 4 de Mayo comunicó Alejandro á los cardenales que, como durante la presencia del ejército francés fácilmente podrían producirse inquietudes, pensaba dirigirse á Orvieto (4). A 6 de Mayo envió Carlos VIII una carta á Alejandro VI, para disipar en él cualquiera sospecha; asegurándole con su real palabra, que no quería, durante su permanencia en Roma, emprender cosa alguna contra-

(1) Sanudo, Spediz. 294. Brosch, Julius II. 316. Cipolla 721.

(2) V. Notar Giacomo 190 s. Arch. st. napolit. IV, 797-798. Pilorgerie 272 s. Cappelli, Savonarola 51. Thuasne 291-292, y la \*relación de G. Tuttavilla á A. Sforza de 13 de Mayo de 1495. *Archivo público de Módena*, utilizada por Balán V, 346.

(3) Sanudo, Spediz. 326. Allegretti, 844 refiere el llamamiento de las tropas pontificales á Roma.

(4) Sanudo, Spediz. 327 s. y las \*Memorias del cardenal Cesarini, citadas más arriba, p. 440, Cod. XXXIII, 48, f. 31 de la *Biblioteca Barberini de Roma*.

ria al Papa ni contra los romanos. Alejandro contestó, que ni él ni el Sacro Colegio, podían aprobar el plan del Rey de volver á Roma; y que se dignara elegir otro sitio, por ejemplo Orvieto ó Spoleto, donde pudieran reunirse; para conducir al Rey por el Estado de la Iglesia se le enviarían dos legados (1). A 11 de Mayo fueron elegidos para esto, en consistorio, los cardenales Pallavicini y Carvajal (2). Al propio tiempo se ponía á Roma en estado de defensa; en torno del castillo de Sant-Angelo se levantaron trincheras. A 19 de Mayo llegaron nuevos emisarios franceses: el cardenal de la Grolaie, M. de Bresse y Francisco de Luxemburgo; los cuales ofrecieron al Papa, en nombre del Rey, para que le concediera la infeudación, un censo anual de 50,000 ducados, y el pago de los 100,000 ducados que aún le debían Alfonso y Ferrantino. Acerca de la guerra contra los turcos, deseaba Carlos tratar personalmente con el Papa; pero Alejandro dió una respuesta evasiva, por más que los enviados le hablaron en tono amenazador (3).

Entretanto crecía por momentos la confusión en la Ciudad. «Todos—refiere un embajador á 20 de Mayo—están enteramente desalentados, y su temor no es ya sólo por sus bienes y haciendas, sino por la vida. Verdaderamente, hacía cien años que Roma no se había visto tan falta de plata y otros bienes como ahora. Ningún cardenal tiene suficiente vajilla de plata para poder convidar á seis personas, y las casas están vacías y despojadas; diariamente llegan nuevos soldados y en cuatro puertas se levantan bastiones.» El día antes había anunciado este mismo narrador (4) que el Papa huiría sin entablar con el Rey nuevas negociaciones; y esto fué lo que efectivamente sucedió. A 27 de Mayo se partió Alejandro de la Ciudad Eterna con 20 cardenales, acompañado por su guardia de corps y los mercenarios venecianos y milaneses, y se dirigió por Civitavecchia á Orvieto (5). «La partida

(1) Gregorovius, VII<sup>o</sup>, 370, not. 2 (4 edición, 376, not. 2). Balan, V, 347.

(2) \*Acta consist. del *Archivo consistorial*.

(3) Sanudo, Spediz. 337, 343, 347. Schneider, Peraudi, 47.

(4) \*\*Litterae Zambeccarii ad Nestorem Palliotum, dat. Rom. 1495 Maii 19 et 20. *Archivo público de Milán*.

(5) Sanudo, Spediz. 356 s. Breve de 1 de Junio, publicado en el Notizenblatt, 1856, 448. Cappelli, Savonarola, 55 s. Malipiero, 342 s., 344 s. Balan, V, 348. Diario di S. Tommaso di Silvestro, 40. \*Despacho de Brognolo de 31 de Mayo de 1495. *Archivo Gonzaga de Milán*. Cipolla, 722. Sobre la estancia de Alejandro VI en Orvieto, v. Storia del duomo d'Orvieto (Roma 1791), 76 y el

tuvo por efecto—se dice en las Actas consistoriales,—prevenir turbulencias, que hubieran podido originarse fácilmente, al paso del Rey, á causa de la diferente nacionalidad de las tropas pontificias y francesas (1).

A 1 de Junio llegó Carlos VIII á vista de Roma, acompañado de los cardenales Juliano, Fregoso y de la Grolaie. El cardenal Pallavicini, que por encargo del Papa se había quedado con carácter de legado (2), le ofreció para su habitación el Vaticano; pero el Rey lo rehusó, y después de haber visitado la iglesia de San Pedro, estableció su posada en el palacio del cardenal Domenico della Róvere. Las guarniciones de Terracina y Civitavecchia fueron entonces retiradas, dejando la de Ostia. Para no dar á sus enemigos ningún pretexto de que asir, mantuvo el Rey una severa disciplina, y á los suizos no se les permitió siquiera la entrada en la Ciudad. Fuera de algunos particulares robos, la permanencia de los franceses fué esta vez tranquila, y ya á 3 de Junio prosiguió el Rey su marcha hacia Baccano (3).

Carlos VIII esperaba aún poderse avistar con el Papa; y para esto ordenó una embajada á Orvieto. El cardenal Sforza era to-

excelente estudio de Fumi. Alessandro VI ed il Valentino in Orvieto, 27, 28; cf. también Dal Re, 123 s.

(1) \*Causa autem huius discessus fuit ad evitandum scandala quae verisimiliter exoriri potuissent in adventu christ. Francorum regis cum exercitu e Neapoli redeuntis per urbem transituri attenta hominum et morum varietate praesertim gentium armigerorum diversarum nationum et factionum quae pro securitate eius Sanct<sup>ae</sup> et status ecclesiae per ill. d. Venetos et Mediol. duces destinata fuerant. \*Acta consist. Aquí hay también los nombres de los veinte cardenales que se fueron con el Papa: 1. Neapolit., 2. S. Angeli, 3. Ulixbon, 4. Recanat., 5. S. Clementis, 6. Parmen., 7. Benevent., 8. Ursinus, 9. Montisregalis, 10. Alexandrin., 11. Cartagin., 12. Senen., 13. S. Georgii, 14. Valent., 15. De Caesaris, 16. Ascanius, 17. S. Severini, 18. Grimani, 19. Farnesio, 20. Lunati. *Archivo consistorial del Vaticano*.

(2) El decreto por el cual Pallavicini es nombrado legatus de latere en Roma, se halla en Raynald, 1495, n.º 21, fechado falsamente: VIII. Cal. Januarii. La corrección de Mansi es también falsa. El decreto lleva esta fecha: R. 1495 octavo Cal. Junii Aº 3º. \*Regest. 869, f. 269. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Gregorovius, VII<sup>o</sup>, 371, not. 3 (4 edición, 377, not. 3), fundándose en una nota del registro de la cofradía de S. Spirito, piensa que Carlos VIII, el 4 de Junio estaba todavía en Roma. Sin embargo, en todas las demás fuentes se nombra el 3 de Junio como día de la partida; v. Sanudo, Spediz. 366; Sigismondo de' Conti, II, 114 s.; las relaciones citadas por Balan, V, 348; la carta de los conservadores publicada en el Arch. Rom. XI, 692; \*Acta consist. y las \*Memorias del cardenal Cesarini. *Biblioteca Barberini de Roma* (v. abajo p. 458, not. 2). Cf. además el despacho de Manfredi citado por Cappelli, Savonarola, 55, 57.

avía á 1 de Junio de opinión, que el Papa y el Rey llegarían á encontrarse; pero Alejandro VI no se fió de los franceses; á 5 de Junio se retiró aceleradamente con sus cardenales y los embajadores á la fuerte Perusa (1). Entonces, finalmente, renunció Carlos á verle. Y como los confidentes le anunciaran la reunión de tropas venecianas y milanesas cerca de Parma, los franceses apresuraron su retirada (2).

A 13 de Junio llegó el monarca francés á Sena, y poco después á Poggibonsi, donde le salió al encuentro Savonarola: «Cristianísimo Príncipe—le dijo;—has provocado el enojo del Señor, por no llevar al cabo la reforma de la Iglesia, que tantas veces el Señor te había encomendado por mi boca, y para la que te había escogido con tan infalibles señales. Por esta vez escaparás del peligro; pero si no emprendes de nuevo esta obra que has descuidado, si no obedeces á los mandatos que te repite ahora de nuevo el Señor por su indigno siervo; yo te anuncio que Dios en su ira te enviará infortunios todavía mucho mayores y elegirá á otro en tu lugar» (3).

Carlos VIII logró realizar felizmente el difícil paso de los Apeninos, con su parque de artillería (4), y el ejército de los aliados al mando del marqués Francisco Gonzaga no le salió al encuentro hasta Taro, cerca de Fornuovo. A 6 de Julio se dió la batalla, que fué violenta, pero de corta duración (5). El rey se lanzó personal-

(1) Sanudo, Spediz. 367. Diario di S. Tommaso di Silvestro, 42. Cronache di Perugia, 113. Fumi, Alessandro VI, 29. Bonazzi, II, 8 s. Giorn di erudiz. artistica, III, 286 s. A. Sforza anuncia en una \*carta, fechada en Orvieto á 1 de Junio de 1495, que Carlos VIII tendrá una entrevista con el Papa. *Archivio público de Milán*.

(2) Sigismondo de' Conti, II, 115.

(3) Villari, Savonarola, I, 381.

(4) Sobre el heroico sacrificio de los soldados de Carlos VIII, y particularmente de los Suizos, cf. Müllinen, Schweizer Söldner, 138 s.

(5) Carece de importancia el trabajo de Scardovelli, La battaglia di Fornuovo, Mantova 1889; es bajo todos conceptos excelente el estudio de Luzio-Renier, Francesco Gonzaga alla battaglia di Fornovo secondo i documenti Mantovani. Firenze 1890. Aquí se halla, no solamente un muy buen resumen de las numerosas fuentes y de las obras recientes (á las que hay que añadir Balan, R. Boschetti, I, 28 s., Jähns en «Grenzboten» 1875, II, 367 s., y Müllinen, Schweizer Söldner, 140 s.), sino también esmeradas indicaciones sobre las poesías compuestas acerca de esta batalla. Para las consideraciones militares, remito al lector á la obra de Ricotti, Storia delle compagnie di ventura in Italia, III (Torino 1845), 304 s.; sobre el teatro de la acción, v. Symonds, New Italian Sketches (Leipsic 1884), 240 ss. Sobre las pérdidas de los Suizos, v. Anz. f. schweiz. Gesch. 1896, p. 408.

mente en lo más trabado del combate, y no peleó con menos valor el marqués de Mantua, á quien le mataron sucesivamente tres caballos. Y tal vez hubieran logrado los italianos aniquilar á los franceses, si los bárbaros stradiotas, que se hallaban en sus filas, no hubieran comenzado á saquear los bagajes enemigos. Por efecto de esto, pudieron los franceses abrirse paso, bien que sufriendo pérdidas enormes. El botín que cayó en poder de los italianos fué tan grande como precioso: numerosos equipajes, llenos de las rapiñas de la fácil marcha triunfal por la desdichada Península italiana; piedras preciosas, oro y vasos de plata, dos banderas, el yelmo, espada y collar de oro de Carlos VIII, y un libro con las imágenes de las numerosas bellezas que, en las diferentes ciudades de Italia, habían otorgado sus favores al liviano monarca. No es, pues, de maravillar que los italianos se atribuyeran la victoria, por más que no alcanzaran completamente el propio objeto de la batalla. Permanente monumento de esta apreciación suya, fué la admirable Madonna della Vittoria, que hizo pintar por Mantegna, el marqués de Mantua, y se halla en el Louvre de París (1).

Todavía celebraron más la victoria de Fornuovo los poetas italianos, cuyo amor patrio se inflamó poderosamente (2). Sólo uno, Antonio Cammelli, tuvo de ella un concepto más claro que los demás de sus compatriotas, y confesó abiertamente que: «el príncipe francés forzó el paso—valerosamente, rodeado de enemigos

(1) Cf. Portioli, La chiesa e la madonna della Vittoria. Mantova 1883. Crowe-Cavalcaselle, II, 432 s. Müntz, Renaiss. 601 s. Burckhardt, Beiträge, 37, 197. Delaborde, 650, trae un retrato. Cf. también Heiss, Les médailleurs de la Renaissance, Sperandio de Mantoue (París 1886), 45, y Luzio-Renier, l. c., 25, donde se hallará la bibliografía sobre la medalla de Sperandio, que lleva la jactanciosa leyenda: Ob restitutam Italiae libertatem!

(2) Sobre la influencia de los acontecimientos político-militares de entonces en la poesía italiana, cf. Luzio-Renier, l. c., 34 s., 41 s., y Gabotto, en la Rassegna Emiliana, I. No será posible formarse un juicio general completo, hasta que se publique la preciosa colección de poesías de Marino Sanudo, que se conserva en la *Biblioteca de S. Marcos de Venecia* (it. IX, 363). De ella se han dado preciosos extractos en un escrito, que por desgracia no está en el comercio de libros, intitulado: Poesie storiche sulla Spedizione di Carlo VIII in Italia, pubblicate da Vitt. Rossi per le nozze Renier-Campostrini. Venezia 1887 (publicación de sólo 35 ejemplares!). Cf. también V. Rossi en el Arch. Veneto XXXV, 207 ss.; Grauert en Hist.-pol. Bl. CXX, 346 s.; H. Ungemach, La guerra de Parma. Ein ital. Gedicht auf die Schlacht bei Fornuovo 1495. Publicada conforme á una antigua impresión. Schweinfurt, Programa del Gimnasio 1892, y Giorn. st. d. Lett. ital. XX, 468-469.